

KIM HO-YEON

La asombrosa tienda de la señora Yeom

Traducción de Ainhoa Urquia



Duomo ediciones

Barcelona, 2024

Título original: 불편한 편의점 (*Uncanny Convenience Store*)

© 2021, Kim Ho-yeon

Publicado originalmente en Corea por Namu Bench.

Publicado previo acuerdo con Namu Bench a través de KL Management, en asociación con Patricia Seibel.

© de la traducción, 2024 de Ainhoa Urquia Asensio

© de esta edición, 2024 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Este libro ha recibido una subvención de Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea).



LITERATURE TRANSLATION
INSTITUTE OF KOREA

Primera edición: febrero de 2024

Segunda edición: marzo de 2024

Tercera edición: marzo de 2024

Primera edición en Argentina: abril de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20, 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19834-02-7

CÓDIGO IBIC: FA

DL: B 20.754-2023

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

David Pablo

Impresión:

Printing Books

Impreso en Argentina

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la re-producción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

1

Delicias variadas



Cuando la señora Yeong-suk Yeom se dio cuenta de que su estuche no estaba en el bolso, el tren ya se encontraba en la periferia de Pyeongtaek. No tenía ni idea de dónde lo había dejado o dónde podía haberlo perdido. Más que la del estuche, le angustiaban sus propias pérdidas de memoria. Entre sudores fríos, se apresuró a intentar recordar sus últimos movimientos.

Lo que estaba claro es que lo llevaba consigo, al menos hasta el momento en que había comprado el billete del Korea Train Express, el KTX, en la estación de Seúl. Había sacado el monedero para pagar con tarjeta. Después se había sentado unos treinta minutos frente al televisor de la sala de espera mientras llegaba el tren. Estaba puesto el canal de noticias veinticuatro horas. Tras subirse, se había quedado dormida un rato, abrazada a su bolso, y, cuando se despertó, todo seguía tal y como lo había dejado. No fue hasta que, ya en su asiento, cuando lo abrió para buscar el móvil, que se quedó atónita al no ver el estuche. Dentro llevaba el monedero, la cartilla del banco y la agenda, entre otras cosas importantísimas. Le iba a dar algo.

La señora Yeom tuvo que espolear su cerebro para que este alcanzara la velocidad del tren que la llevaba. Rebobinó su memoria tan deprisa como el paisaje borroso que pasaba veloz al otro lado de la ventanilla. Inmersa en sus pensamientos, algunos expresados en voz alta, agitaba las piernas con nerviosismo. El hombre de mediana edad sentado a su lado reaccionó con un discreto carraspeo.

Pero no fue la tos lo que la sacó del ensimismamiento, sino el sonido de su teléfono móvil, que llegaba desde dentro del bolso. Era una canción de ABBA, si bien no sabía de cuál se trataba. ¿Sería *Chiquitita*?, ¿quizás *Dancing Queen*? Ay, Jun-hee, a tu abuela se le va la cabeza.

Sacó el móvil con manos temblorosas y recordó el nombre de la canción: *Thank You for The Music*. Al mismo tiempo identificó en la pantalla un teléfono desconocido con el prefijo de Seúl. Respiró profundamente y respondió:

–¿Diga?

Durante un instante, no recibió respuesta, pero el murmullo de fondo le hizo pensar que el interlocutor se encontraba en un lugar público.

–¿Diga? –repitió.

–¿Yeong-suk...? ¿Yeong-suk Yeom?

La voz al otro lado del teléfono era demasiado áspera y confusa como para ser humana. Parecía más bien el primer sonido que haría un oso recién salido de la cueva tras la hibernación.

–Sí, soy yo.

–Su... estuche.

–Ah, ¿lo ha encontrado? ¿Dónde está?

–Seúl...

–¿Dónde? ¿No será en la estación central?

–Sí. La estación... central.

La mujer se apartó un instante el teléfono y dejó escapar un suspiro de alivio. A continuación, se aclaró la garganta y contestó:

–Muchas gracias por guardármelo. Ahora mismo estoy en el tren, me bajaré en la próxima estación y daré media vuelta. ¿Podría quedárselo mientras tanto? ¿O sabe si hay algún sitio donde pueda dejarlo? En cuanto llegue, me gustaría compensarle por las molestias...

–Aquí... la espero. No tengo... otra cosa... que hacer.

–¿De verdad? De acuerdo. ¿Dónde nos vemos?

–En... la tienda... veinticuatro horas. Junto al tren... que va... al aeropuerto.

–Muchas gracias. Iré lo más rápido posible.

–N-no hay... prisa.

–De acuerdo, gracias.

Después de colgar se sintió algo inquieta. Aquella voz que se expresaba con dificultad y con un deje incluso animal era claramente de un indigente. Que le dijera que no tenía otra cosa que hacer y que llamara desde un teléfono público con el prefijo de Seúl lo dejaba bastante claro. Probablemente ni siquiera tenía móvil propio. La señora Yeom no pudo evitar ponerse nerviosa. Aunque quería devolverle el estuche, le preocupaba que aquel hombre le pidiera algo a cambio.

No obstante, era poco probable que aquel señor, que la había llamado de buena fe, pretendiera hacerle daño.

Seguro que con darle cuarenta mil wones del monedero bastaba. Justo en ese momento la megafonía anunció la próxima estación. La señora Yeom guardó el móvil de nuevo en el bolso y se levantó del asiento.

Cuando el tren de vuelta iba a la altura de Suwon, el teléfono volvió a sonar. Mientras canturreaba la letra de *Thank You for The Music* a modo de ejercicio de prevención de la demencia, comprobó el número en la pantalla. Era el mismo de antes. Hizo un esfuerzo por contener la ansiedad y respondió.

–Soy... yo.

Era la misma voz ronca. La señora Yeom intentó poner un tono enérgico, como cuando hablaba a los estudiantes revoltosos.

–Dígame.

–Es que... señora, tengo hambre y...

–¿Sí?

–¿Puedo... comprar... un plato preparado? De estos... de la tienda.

Por un instante, la señora Yeom notó que se le enternecía el corazón. Que se dirigiera a ella como «señora» y usara la palabra «preparado» ayudó a que se sintiera mucho más generosa.

–Claro que sí. Cómprase uno. Y también algo de beber, que tendrá sed.

–Gr... gracias.

Al poco de colgar, recibió un mensaje de texto que la informaba del pago. Había tardado muy poco; supuso que habría llamado directamente desde el mostrador

de la tienda. Viendo lo hambriento que estaba, quedaba clara su identidad como típico habitante de la estación de Seúl. Era un mendigo amigo de las palomas. Se fijó bien en el mensaje. La información del pago decía: «GZ 24h. Delicioso plato preparado del chef Park. 4.900 wonnes». No había comprado la bebida. «Ha debido de darle vergüenza», pensó la señora Yeom. Desechó la idea de llamar a alguien por si acaso y decidió verse con ese hombre a solas. A sus setenta y pico años, confiaba en su sentido de la dignidad, por mucho que la demencia estuviera tocando a su puerta. Hasta el mismo momento en que se jubiló como profesora no se había mostrado débil ni una sola vez, y eso que trataba con todo tipo de estudiantes, así que se encomendó a esa versión de sí misma.

Justo al llegar a la estación de Seúl, se encontró con las escaleras mecánicas que conducían a la vía del tren que iba al aeropuerto. Nada más bajarlas, se topó de frente con la tienda y, junto a ella, al hombre con la voz de oso, que estaba acucillado, con la cara hundida en un envase de comida preparada. Según se aproximaba, fue haciéndose más consciente de la realidad de aquel hombre y se le revolvieron las entrañas. Tenía el pelo tan largo y grisiento que parecía una fregona. Llevaba una fina sudadera deportiva y unos pantalones de algodón tan sucios que ya no se distinguía si eran beis o marrones. Sostenía con suma delicadeza la salchicha de la fiambra entre los palillos mientras se la comía. Estaba claro: era un indigente. La señora Yeom se armó de valor y se acercó.

En ese momento, tres desconocidos llegaron apresuradamente adonde el otro estaba comiendo. La señora Yeom, sorprendida, no pudo sino detener sus pasos. Aquellos hombres, que también tenían pinta de indigentes, tiraron como hienas del plato preparado del primero. Ella echó un vistazo a su alrededor con nerviosismo, pero los transeúntes apenas detenían la mirada en aquellas más que corrientes peleas entre mendigos.

El hombre se encogió, se hizo una bola para proteger el envase con su cuerpo. Sin embargo, los otros lo agarraron del cuello, le levantaron los brazos y le quitaron todo lo que llevaba encima. En el campo de visión de la señora Yeom, que, angustiada, contemplaba la escena, entró por un instante el objeto robado. ¡Era su estuche rosa!

Los tres hombres se separaron de él, no sin antes pisotear varias veces el plato de comida que le habían arrancado. La señora Yeom se dejó caer, sin saber qué hacer, con las manos y los pies temblorosos. Pero el hombre contraatacó. Tras incorporarse, se lanzó con todo el peso de su cuerpo encima del que llevaba el estuche.

—¡Ah!

Se aferró a la pierna del ladrón con un aullido y este último fue a dar con sus huesos en el suelo. Mientras lo aplastaba y recuperaba el estuche, los otros dos no dudaron en lanzarse de nuevo a por él. En ese instante, la señora Yeom se enfureció. Se levantó de golpe y fue a por ellos.

—¡Eh, sinvergüenzas! ¡Eso es mío!

Los gritos y la presencia de la mujer los paralizaron. Se acercó al que tenía más próximo y empezó a golpearlo con el bolso. El hombre gruñía de dolor. Los otros dos se levantaron y quisieron alejarse.

—¡Ladrones! ¡Se llevan mi estuche!

Cuando los gritos agudos de la señora Yeom comenzaron a llamar la atención de los que pasaban por allí, que se detenían a mirar, los ladrones pusieron pies en polvorosa. Solo quedó el hombre del plato preparado, que se había encogido con el estuche pegado al pecho. Se acercó a él.

—¿Está bien?

El hombre levantó la cabeza para mirar a la señora Yeom. Con los ojos hinchados por los golpes, la nariz llena de mocos y sangre y la boca cubierta por la barba, parecía un hombre de las cavernas que había regresado herido de una partida de caza. Se incorporó lentamente y se sentó, como si de repente fuera consciente de que sus atacantes se habían esfumado. La señora Yeom sacó un pañuelo y se agachó frente a él.

En ese momento, el peculiar olor rancio y corrompido del indigente le penetró en las fosas nasales. Aguantó la respiración y le extendió el pañuelo. El hombre sacudió la cabeza y se restregó la nariz en la manga de la sudadera. Le molestó encontrarse a sí misma temerosa de que la sangre o los mocos de aquel hombre pudieran mancharle el estuche.

—¿Seguro que está bien?

El hombre asintió y miró a la señora Yeom. Ante aquellos ojos inquisitivos, la mujer se preguntó si había

hecho algo mal y sintió el impulso de largarse de allí, pero primero tenía que recuperar el estuche.

–Muchas gracias por cuidármelo.

El hombre llevó la mano hacia el estuche, que lo tenía bajo el brazo izquierdo, y se lo tendió. Sin embargo, en cuanto la señora Yeom fue a cogerlo, el hombre se lo llevó al pecho. Entonces, ante la estupefacta mirada de la mujer, lo abrió.

–¿Qué está haciendo?

–¿Se-seguro que... es suyo?

–Claro que sí. Por eso estoy aquí. Hemos hablado antes por teléfono, ¿no se acuerda?

Aquellas dudas absurdas estaban acabando con su paciencia. El hombre rebuscó en el estuche sin mediar palabra, encontró el monedero, sacó el carnet de identidad y le echó un vistazo.

–Nú-número de... identidad.

–Oiga, ¿insinúa que le estoy mintiendo?

–Te-tengo que asegurarme... Es mi responsabilidad dárselo a su dueño.

–Ahí mismo, en el carnet, tiene mi foto. Compruébelo.

Aquellos ojos magullados miraron el carnet y a la señora Yeom.

–Pues... no se parece.

La mujer chascó la lengua. No estaba enfadada.

–La foto es vieja –añadió él.

A pesar de tratarse de una fotografía antigua, estaba claro que la cara que aparecía en ella era la de la señora Yeom. Quizás la vista del hombre no era muy buena, a

juzgar por su estado de salud general. O tal vez la mujer había envejecido tanto que resultaba irreconocible.

–Dígame... el número del carnet.

Tras un ligero suspiro, la señora Yeom respondió con claridad:

–Cinco, dos, cero, siete, dos, cinco...

–C-correcto. Hay que asegurarse, ¿no? –Tras un breve silencio, repitió–: ¿No?

El hombre le dedicó una mirada que buscaba su aprobación mientras metía de nuevo el carnet en el monedero y este, en el estuche rosa. Finalmente, se lo entregó. Ya con él en sus manos y todo el lío resuelto, la señora Yeom sintió una oleada de agradecimiento. No solo había protegido aquel estuche frente a los otros mendigos, llevándose algún que otro golpe, sino que además se había molestado en comprobar meticulosamente su identidad. Todo eso solo podía ser el resultado de un sentido de la responsabilidad nada desdeñable.

El hombre se levantó con un gruñido. La señora Yeom se incorporó y sacó cuarenta mil wones del monedero.

–Tome.

El hombre dudó al ver el dinero.

–Acéptelo.

Él movió la mano, pero, en lugar de llevarla a los billetes que tenía delante, la metió en el bolsillo de su sudadera y sacó un dudoso puñado de pañuelos con los que se limpió la nariz, que aún le sangraba. Hecho esto, dio media vuelta y se alejó. Ella lo miró pasmada, con el dinero de la recompensa en la mano. El hombre se agachó

con dificultad en el lugar donde estaba comiendo antes, frente a la tienda. La mujer lo siguió.

El indigente hablaba solo mientras contemplaba el plato desparramado por el suelo. Después, lanzó un suspiro. Tras observarle un momento, la señora Yeom se inclinó y le tocó la espalda. Cuando este se dio la vuelta, se encontró con la expresión que ponía la profesora cuando consolaba a un alumno cohibido.

–Venga conmigo un momento.

Según salían, el hombre se detuvo por un instante. Parecía un herbívoro reticente a abandonar su hábitat natural para subirse a un camión sobre el asfalto. La señora Yeom le hizo un gesto para que se apresurara y finalmente consiguió que abandonara la estación de Seúl. Juntos se adentraron en una calle del Garwol-dong. El hombre acompañaba sus pasos como podía al caminar enérgico de la mujer. Siguieron avanzando hacia el barrio de Cheongpa. La fruta que caía de los árboles de *ginkgo* a finales del otoño despedía un olor similar al de aquel hombre. La señora Yeom se preguntó qué mosca le habría picado para llevar a aquel hombre hasta allí sin venir a cuento.

Lo cierto es que quería recompensarlo de alguna forma, ya que había rechazado el dinero. Se había aferrado al estuche, lo había protegido contra viento y marea; sentía que tenía que premiarlo por haber hecho lo correcto a pesar de sus necesidades. No podía evitar recurrir al sistema que solía seguir con los estudiantes: se había convertido en un instinto natural tras años en la enseñanza.

Y, además, se había criado en la fe cristiana y quería ser una buena samaritana con aquel hombre desamparado.

Tras unos quince minutos de caminata, aquella calle oscura tras la estación se terminó y dio paso a una elegante iglesia de grandes dimensiones. Estaban cerca de una universidad femenina, así que las estudiantes pasaban por allí con sus pantalones vaqueros y sus chaquetas de la facultad; se reían. La gente hacía cola ante los pequeños quioscos y restaurantes que se habían hecho famosos tras salir en televisión. Cuando la señora Yeom dobló la esquina, el hombre estaba aún absorto en aquellas escenas. Algunos transeúntes los evitaban. La mujer sintió curiosidad y, para qué negarlo, algo de preocupación sobre qué imagen daba aquella extraña pareja que formaban. Al fin y al cabo, Cheongpa era su barrio. Y también allí se encontraba su tienda.

La señora Yeom atravesó la Universidad Femenina de Sookmyung, seguida de cerca por el hombre, como un patito detrás de su madre, y tras dejar atrás varios callejones, fue a parar a un pequeño cruce de calles. Había una tienda que abría veinticuatro horas en una de las esquinas. Era su pequeño negocio, y podría ofrecerle a aquel hombre otro plato preparado. Abrió la puerta y le hizo una señal para que entrara. Él dudó, nervioso, pero la siguió.

–Bienvenidos a... ¡Ah, es usted!

Si-hyeon, la trabajadora a tiempo parcial, apartó su teléfono móvil y saludó a la señora Yeom con una sonrisa. Esta se la devolvió y observó cómo la expresión de la empleada se congelaba.